

Roma, estrategia de un imperio

Roberto García Jurado

 <https://orcid.org/0000-0002-0733-6805>

Universidad Autónoma Metropolitana, México

Unidad Xochimilco

rgarcia@correo.xoc.uam.mx

James Lacey, *Roma, estrategia de un imperio*, La esfera de los libros, 2023.

En 1976, hace ya casi 50 años, el polémico Edward Luttwak publicó *The Grand Strategy of Roman Empire. From the First Century C.E. to the Third*, en el que planteaba y sostenía que el establecimiento y la expansión del vasto imperio romano había sido producto de una estrategia, de una gran estrategia, política y militar, formulada para construir deliberadamente este imperio, de alcances casi universales.

El texto provocó una animada y profusa discusión dentro del círculo especializado, sobre todo entre los clasicistas e historiadores militares, llegando incluso a ciertos segmentos del público general, aunque en realidad recibió más críticas que reconocimientos o aprobaciones.

A partir de ese controvertido libro, James Lacey, un reconocido historiador militar, construye su texto *Roma, estrategia de un imperio* (2023), adoptando y desarrollando el planteamiento general de Luttwak, reseñando y rebatiendo además las críticas que entonces recibiera aquel trabajo, y aprovechando también la oportunidad para adelantar o salir al



Esta obra está protegida bajo una Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial 4.0 Internacional

paso de las críticas u observaciones que ahora pudiera suscitar su propio análisis.

Lacey menciona y trata de desmontar las dos principales objeciones que, de acuerdo a su interpretación, se han presentado a la idea de la gran estrategia de Roma: una, que los romanos tenían un conocimiento bastante imperfecto de la geografía, lo que les incapacitaba para trazar objetivos y metas político militares específicas; y la otra, que la élite gobernante romana era incapaz de concebir e implementar un plan estratégico de este alcance.

Con respecto a la imperfecta comprensión de la geografía universal de los romanos, podría coincidirse en términos generales con Luttwak y Lacey en el sentido de que, aun no siendo detallada ni exhaustiva, sí les daba un conocimiento bastante ilustrativo y próximo a la realidad del momento. Adicionalmente, el mismo Lacey aporta una serie de nociones y documentos (el *Itinerario Antonino*, la *Tabula Peutungeriana*, o el *Orbis Terrarum* de Agripa, sin dejar de mencionar la célebre y descollante *Geografía* de Estrabón) para mostrar el alto grado de conocimientos e información geográfica de que ya disponían en esa época los romanos.

Sin embargo, por lo que se refiere a la segunda cuestión, a la incapacidad de la élite gobernante romana para plantearse una gran estrategia, hay varias y serias consideraciones que hay que hacer.

En el momento de pensar en la formulación o evaluación de una estrategia política y militar, y sobre todo de una gran estrategia, deben plantearse obligadamente las siguientes interrogantes; quién, qué, cómo y cuándo. A las cuales no responden, o no lo hacen adecuadamente, ni Luttwak ni Lacey.

Una de las grandes paradojas del planteamiento de Luttwak y Lacey es concebir que la gran estrategia militar romana se bosquejó y

emprendió en tiempos del imperio, a partir del siglo I d. C., específicamente durante la dinastía Julio-Claudia, pasado por alto que la mayor expansión territorial de Roma se dio en tiempos de la república, sobre todo después de la batalla de Zama (202 a. C.) y la consecuente decadencia y destrucción de Cartago. Así, aparentemente, ni Luttwak ni Lacey imaginan la formulación de una gran estrategia romana en los tiempos de más vigor de la república, tal vez porque ello les privaría de la posibilidad de asociar la enorme expansión imperial romana a la existencia misma del imperio y del emperador, lo cual probablemente considerarían incluso una incongruencia lingüística; contar con un imperio sin emperador. Sin embargo, esto resulta del todo injustificado e inadmisible, porque en modo alguno se puede pasar por alto este enorme desfase temporal: el dominio imperial de Roma sobre vastos territorios itálicos, europeos y aún africanos inició desde los tiempos de la república; no hay que esperar hasta la llegada del gobierno imperial para referirse a un imperio territorial, desde el gobierno republicano Roma tenía ya un amplio dominio geográfico; era ya una república imperial.

En este sentido, cuando Lacey hace recaer la gran estrategia romana en la élite gobernante del siglo I d. C., cabe hacerse la pregunta de en quién está pensando específicamente ¿en los emperadores, en los generales, en los senadores?

Cómo se sabe bien, casi desde el inicio del siglo I a.C. la tambaleante república romana recibió fuertes y contundentes embates políticos, primero de Sila, luego de Julio César y finalmente de Augusto, quien en el 27 a. C. le propinó el golpe definitivo, para iniciar lo que en términos formales se ha llamado principado, aunque en términos prácticos implica sencillamente el principio del gobierno imperial.

De esta manera, si bien siguió existiendo el senado y toda la cohorte de funcionarios y magistrados del gobierno romano, desde esa época su

función política disminuyó drásticamente, para dar paso a la figura esplendente de Augusto, quien ocupó por sí mismo todo el escenario político, lo cual se repetiría en cierto modo con Tiberio y, de manera más trágica que gloriosa, con Calígula, Claudio y Nerón. En todo caso, el senado pasó a un segundo plano, a las sobras en realidad, sin que quedara ninguna otra instancia o figura que pudiera albergar a lo que Lacey llama la élite gobernante con capacidad estratégica.

Por lo que se refiere a la segunda cuestión, al qué; qué se quería conseguir o conquistar, es casi tan cuestionable como el quién. A pesar de que los romanos tenían una noción muy aproximada de sus coordenadas geográficas y de los pueblos vecinos que se fueron encontrando a medida que se expandieron, difícilmente podría señalarse un momento en que se plasmara o expresara a un nivel gráfico, esquemático o programático una idea clara de los límites y fronteras que se trazarían para el imperio. Eso sencillamente nunca existió.

Desde las míticas guerras contra los latinos y los volscos, los romanos entraron en una dinámica espontánea e inevitable de conflictos militares con sus vecinos: en un principio por la más elemental necesidad de salvaguardar su existencia e integridad; después, como toda una empresa deliberada de despojo y saqueo; y finalmente como parte de un impulso inercial incontrolable en busca de mayor seguridad, tributos, y gloria militar para sus generales. Evidentemente, su éxito continuo y secuencial les permitió ir ampliando su horizonte de manera que cada vez pudieron plantearse objetivos más amplios, más lejanos y más ricos, hasta encontrar los límites impuestos por las fronteras naturales externas o por el agotamiento y restricción de sus propias fuerzas internas. Con toda seguridad, hubo momentos en donde claramente se planteó la conquista e incorporación de ciertos territorios: las Galias, Hispania,

Britania, Macedonia, Tracia, Iliria, etc., sin embargo, cada una de esas expansiones y anexiones era producto, consecuencia o aún derivación de operaciones previas, contingentes, yendo de una a otra de manera un tanto inevitable u obligada, engrosando una zona de influencia, un cinturón de seguridad, o un *limes* (frontera) que difícilmente hubiera sido bosquejado en etapas previas, y mucho menos desde un inicio.

De la misma manera, el cómo también tiene sus bemoles. Sin duda, el principal instrumento de conquista y dominación romana fue su formidable ejército, constituido a partir de una férrea disciplina militar y un conjunto de soldados leales y abocados al servicio del Estado.

Sin embargo, la naturaleza, estructura, y lealtad del ejército romano fueron cambiando notablemente a lo largo de su historia. En un principio, el ejército romano estaba basado esencialmente en milicianos, en ciudadanos romanos que prestaban un servicio militar al Estado como parte integrante de sus derechos y obligaciones de ciudadanía, por lo cual solo estaban disponibles una pequeña parte del año, sólo un par de meses que podían distraerse de su actividad productiva principal, generalmente la agricultura.

Esta situación dio un vuelco completo en cuanto el soldado se profesionalizó, en cuanto comenzó a recibir un salario del Estado que le permitió dejar atrás su actividad productiva y dedicarse de tiempo completo a las armas. Más aún, se produjo un salto aún mayor en cuanto Julio César y muchos otros emperadores que le siguieron les aumentaron la paga a los soldados o comenzaron a conferirles generosos donativos, con lo cual compraron su voluntad y su fidelidad.

De manera que hacia el siglo I a. C. no solo se contaba con un ejército completamente profesionalizado y corrompido por los donativos de los generales o los pretendientes al trono, sino que muchas legiones ya estaban compuestas por soldados no itálicos, por soldados que podían

contarse como soldados auxiliares, que no tenían propiamente familiaridad ni conexión con la ciudad, y que en muchas ocasiones tenían fuertes vínculos e intereses locales o hacia su general en turno, generando así una completa distorsión en las relaciones de subordinación y lealtad institucional que debe tener un ejército, pues de lo contrario, tiende a convertirse en la primera y fundamental fuente de inestabilidad y conflicto para el Estado, como le ocurrió a Roma durante los últimos dos siglos y medio de su existencia.

Muchas de estas interrogantes quedan sin responder en el trabajo de Lacey, quien de hecho declara abiertamente hacia el final de la primera parte de su libro (pág. 132) que en el resto de su trabajo, casi 3/4 partes, se dedicaría a hacer un recuento de la historia militar y expansiva del ejército romano desde el siglo I d. C. en adelante, haciendo las anotaciones que considerara pertinentes en lo referente a cuestiones estratégicas y militares. Un trabajo ciertamente pertinente y valioso, pero bastante alejado de la promesa hecha en el título del trabajo.